

mesas, y que me adormezca la dulzura de vuestras espresiones, accediendo á lo que me suplicais, es preciso que en primer lugar me concedais una cosa; pues de lo contrario podeis estar seguro de que estos dos hijos (mostrándoselos por fuera de la ventana) van á bajar detras del otro que os he regalado, para daros mayor tormento. — Su miserable padre, que se hubiera entregado voluntariamente al sacrificio por lograr el rescate de aquellas caras prendas de su corazon, viendo que el moro se prestaba á sus deseos, habiéndole ya sin duda movido sus lágrimas y súplicas, le respondió: moro, no te detengas; sea lo que fuese, está concedido y seré tu a-

migo: espílicate, y dí lo que quieras de este desgraciado por el rescate de su esposa y de sus hijos: no debes dudar que ejecutaré imposibles que me pidas por salvarlos, siempre que tú me cumplas tu palabra despues de haber hecho cuanto me mandes. — Mis promesas, dice el perjuro africano, no admiten duda en su cumplimiento, y podeis fiar en ellas mejor que yo en las vuestras. — Pide, pues, dice Ervizano, y verás si yo aprecio las prendas que tienes en tu poder. — Es preciso, repone el moro, que sin dilacion os corteis las narices, único medio de salvar del peligro, en que se hallan, á vuestra muger y vuestros hijos; pues de lo contrario voi á ha-

cer con ellos igual carnicería que con el primero que os he arrojado al foso. — Dejo á mis lectores el contemplar la admiracion y furor que causaria á su Señor una demanda tan temeraria como inhumana ; mas viendo la desgracia tan próxima , y que no la podia evitar de otro modo, resolvió obedecer á su infame esclavo , persuadido de que con este sacrificio lograría salvar las vidas para él tan apreciables de aquellos tres infelices : el incauto y enagenado caballero , arrastrado del afecto digno de uno de los mejores maridos y de los mas tiernos padres , no conoció , que habiendo empezado ya el cruel africano su crimen con la muerte tan horrorosa de un ni-

ño , y continuándole con la mutilacion que exigia del padre , no habia de cesar hasta haberle consumado con las demas escenas trágicas de su horrorosa resolucion ; pues ya era de todos modos perdido , y debia estar decidido á sacrificar su vida despues de haber saciado la ira que causaba su desesperacion. Fascinado , pues , el caballero Ervizano por las promesas de este bárbaro , y llevado por otro lado del amor que profesaba á las mas caras prendas de su corazon , mandó le llevasen un cuchillo bien afilado , y al momento que le tuvo en sus manos , con un semblante lleno de constancia que acreditaba su valor y nobleza , dijo al moro : si yo ejecuto lo que

(138)

mandas , ¿cumplirás la palabra que me has dado? — Yo os juro por el gran Dios , dijo el infiel esclavo , que mi palabra tendrá efecto en el momento que hubieseis satisfecho mis deseos. — Su Señor entonces , con grande admiracion de todos los circunstantes , se cortó las narices , siendo él mismo el verdugo ejecutor de semejante crueldad. — Luego que el bárbaro moro vió lo que deseaba , se puso á reir á carcajada tendida , y burlándose de su pobre Amo , le dijo : segun lo que veo , ya no tendreis necesidad de pañuelo , habiéndoos quedado sin narices: pluguiese al gran profeta Mahoma que os hubierais arrancado tambien el corazon ; pues entonces estaria yo

(139)

mas contento acabando con toda vuestra raza , y viendo muerto á mi presencia por sus propias manos al que dirijo toda mi venganza ; y pues que con tanto valor y resignacion habeis sufrido tal tormento de vuestra misma mano , no dudo sufrireis con mas constancia el ver hechos pedazos á vuestros hijos , que van á partir al otro mundo para hacer compañía á vuestros predecesores. Decirlo y hacerlo todo fue uno ; pues al momento cogió por los pies á los dos inocentes , y estrellándolos contra la muralla hasta saltarles los sesos , los arrojó despues por la ventana con un furor detestable. — Entonces ya don Rodrigo Ervizano perdió la paciencia , y si no hubiera sido por

(140)

los que estaban presentes á tan cruel espectáculo, hubiera llenado el deseo de aquel malvado, pues intentó darse la muerte para que nada restase al colmo de tan grande calamidad; pero habiéndole impedido ejecutar tan horrible designio, y reconociendo algo su falta de reflexion en momentos tan críticos, convirtió su rabia en lágrimas y clamores, tan tiernos y penetrantes, que ningun corazon, por insensible que fuera, podia menos de enternecerse de compasion; pues si Ciro, rei de los medos, la tuvo del tirano de los lidios lamentándose de sus calamidades, estando ya sobre la hoguera para morir, estoi seguro de que se hubiera ahogado en lágrimas

(141)

oyendo las espresiones y clamores de este padre desesperado; mas esto aun no era nada para lo que sufría la infeliz Rosalta; pues habiendo oido desde la torre que su esposo se habia desfigurado en la confianza de libertar su vida y la de sus hijos con semejante sacrificio, se habia accidentado de dolor, redoblándose este al saber, cuando volvió en sí, que ya sus inocentes hijos habian sido víctimas del furor de aquel mónstruo; de manera, que se habia desatado forcejeando, y ya loca desenfrenada, no perdonando cabellos ni rostro, ni perfeccion ninguna de las que Dios le habia dado, gritaba como la que ve su ruina inevitable sin esperanza de volver á unirse á su

(142)

esposo y á sus amados hijos. ¡Oh Dios! decia esta desventurada, ¡qué huracan, qué tempestad ha caido hoy sobre esta miserable casa! Yo era esta mañana muger de un caballero rico y hermoso, madre de tres hijos inocentes, y señora de toda una familia; y al presente me veo separada de mi esposo, privada de mi sucesion y esclava de un esclavo mio, que no será conmigo mas humano que con mis inocentes hijos que no le habian hecho ningun mal. ¡Ah, mi Dios! en tal confusion, en tal conflicto ¿á quién he de recurrir sino á vuestro poder, á vuestra justicia y clemencia como consuelo de los miserables, de los inocentes y de los afligidos? Acordaos, Señor, de es-

(143)

ta pobre criatura; y si es preciso que yo sufra igual suerte que mis desgraciados hijos, dadme, Padre de misericordia, espíritu y constancia para recibir el último golpe con paciencia y resignacion; y perdonándome mis ofensas, recibid la humildad de mi corazon en satisfaccion de mis culpas y pecados, que os suplico olvidéis por la sangre de vuestro hijo Jesus y Señor nuestro. — Otras muchas súplicas estaba dirigiendo esta pobre Señora al Ser supremo, quando todo el pueblo, que veia á su esposo medio muerto de ira y de pena, y oyendo los lamentables gritos de Rosalta, empezó á jurar y maldecir contra el moro, amenazándole terriblemente; mas es-

te asesino judío, decidido ya á inmortalizarse con tan enormes atentados, no respondió mas que con risas, burlándose de todos, sabiendo que era imposible forzarle á desistir por estar el castillo circundado del mar. — ¿Por qué ladráis, mastines cristianos? dice este bárbaro: ¿por qué habeis de estrañar que un hombre de religion contraria á la vuestra, tome semejante venganza de vosotros, cuando haceis lo mismo con los que caen bajo vuestro dominio? Marchad, marchad á vuestros negocios, y no os ocupeis de lo que yo hago, porque desprecio todas vuestras amenazas, y no ha de ser mas que lo que tengo resuelto y mi venganza me aconseja; y para

que conozcais que no os temo, voi á haceros ver á mi placer el respeto y cariño que tengo al Señor de quien me habláis.

Cuando la multitud irritada juraba y amenazaba á grandes gritos castigar con mil martirios y tormentos á este mónstruo, consultando el medio de apoderarse de él, entonces el moro cogió á su Señora, y atándola otra vez de pies y manos, y poniéndola sobre la ventana, empezó á gritar al pueblo, diciendo: ¿Qué locura mayor se puede imaginar que la vuestra, cuando veis que un hombre, en libertad de obrar á su placer, se afirma en su resolucion lleno de injurias y amenazas, y sin tratar ya de su salvacion? En tal esta-

do de desesperacion ¿ creeis acaso adelantar algo con tantas maldiciones y juramentos, cuando no podeis intimidarme, ni aun ablandarme, aunque usaseis de la dulzura y de las promesas de un fingido perdon? Gritad, bramad y jurad cuanto querais; pues no por eso dejaré de completar mi obra, para hacer os ver el caso que hago de vuestras amenazas, y el respeto que tanto me recomendais de un objeto que detesto: si despues podeis cogerme, os perdono todo el mal y tormentos que me querais hacer sufrir.

El caballero Ervizano, viendo á su esposa adorada en peligro tan inminente de perder la vida, hubiera querido rescatarla al precio

de la suya; pero conociendo la falta que habia cometido en fiarse de las palabras de aquel bárbaro, esperaba ya el trágico fin de todo con el mismo dolor y sobresalto que si se hallase en un suplicio: era ya inútil suplicar mas á su vil esclavo; pues no escuchaba promesas, palabras ni razones; á mas de que se hallaba ya tan abatido este infeliz por la pena, que no parecia sino una estatua. Su esposa, estando ya tan próxima á su fin, prorumpió en lágrimas y lamentos, suplicándole tuviese valor y resignacion, respecto á ser la voluntad de Dios el probar su espíritu con tantas aflicciones; y encargándole no se fiase en lo sucesivo de esta maldita raza de es-

clavos, teniendo tantos de quienes podia servirse de su misma religion. Su piedad brillaba en aquella ocasion de tal manera, que enternecia á todos los espectadores, gritando contra el africano, al paso que el caballero Ervizano se lamentaba de no poderla salvar, á lo que ella contestaba consolándole con entereza y asegurándole de la felicidad que esperaba en la otra vida. Constancia admirable ciertamente, tanto por hallarse en una muger jóven y hermosa, cuanto por las circunstancias que mediaban de tantas desgracias reunidas á la de verse tan próxima á dar el salto del castillo como sus inocentes hijos: las que en la Grecia y en la ciudad fundada por

Rómulo demostraron tanto valor, son en efecto dignas de elogio; pero no tienen comparacion con esta; pues aquellas pertenecian á un pais donde no eran raros los ejemplos de fortaleza; y esta vivia en un pueblo insular que se resentia de su natural barbárie. A esta clase de mugeres debe la historia tributar el mas alto elogio, y colocarlas en la inmortalidad para que la juventud se forme por sus virtuosos ejemplos. Esta pobre Señora, queriendo proseguir su aranga, sintió el cuchillo del moro que la cortó la cabeza, arrojándola despues sobre los circunstantes, que se estremecieron de semejante crueldad. Al momento que el cuerpo de esta desgraciada llegó á



(150)

tierra, entró el pueblo en tal furor con unos gritos tan terribles, que aquel mónstruo, que hasta entonces de nada se habia intimidado, empezó ya á estremecerse, viendo ser imposible salvarse de la venganza que todos ansiaban en general; por lo mismo, viendo que el ruido habia cesado algun tanto, y que ya no tenia mas víctimas que sacrificar á su bárbaro placer, se asomó á la ventana, y haciendo señal con la mano, dijo á su Señor: ya es tiempo de complacerte en algo y de satisfacer tu dolor por las pérdidas que te he causado; pero no será entregándome voluntariamente á tus manos; pues como no acertarias á escogitar los tormentos que quisieras hacerme

(151)

sufrir si me cogieses vivo, voi á aliviarte de ese trabajo, y á mi cuerpo del martirio que está maquinando tu ira. No te alabarás de volverme á maltratar en tu vida; pues yo mismo, despues de haberme vengado de tus injurias y malos tratamientos, seré mi verdugo, muriendo con el placer de haber castigado á un cristiano, perro español, para que siempre tengais presente lo peligroso que es tratar con dureza á un moro esclavo. No siento morir: siento mas que la muerte el no haber podido hacer contigo lo mismo que has visto acabo de hacer con tu muger y con todos tus hijos; pero otro concluirá la obra que yo he empezado. — Dichas estas pa-

labras, se volvió hácia la ventana que caía á la mar, y contemplando las olas y las costas del Africa, se puso á decir en alta voz: «A estas olas consagraré mi vida y mis crueles deseos, dejando en este mundo al que quisiera llevar conmigo para que hiciese compañía á los muertos, que hoi han concluido su vida en su casa;» y diciendo esto se arrojó de cabeza cayendo sobre un peñasco, y desde allí en los profundos abismos para ser tratado como merecia por Satanás.

El desgraciado caballero Ervizano quedó en el mundo solo para sufrir un dolor eterno, tanto por la pérdida de su esposa é hijos, quanto por no haberse podido vengar de aquel esclavo traidor.

En el sitio mismo donde cayó este mónstruo, apareció un caiman ó cocodrilo, que se fijó allí para ser el espanto de aquellas poblaciones, cometiendo estragos horrosos en navegantes y pescadores, y no se volvieron á ver en aquel punto mas que fieras maritimas que ahuyentaron á todos los habitantes de los alrededores, pues bramaban enfurecidas todos los dias á la misma hora en que el bárbaro africano habia inmolado tan inhumanamente sus inocentes victimas, causando la destruccion de todos sus Señores.

Veianse en el castillo, que no volvió á ser habitado, llamas que salian por las ventanas todas las noches, y entre ellas figuras hor-

(154)

rorosas que desaparecian con un estruendo subterráneo; hasta que un año en el dia mismo en que se celebraba el aniversario de aquellas víctimas inocentes, se apoderó del edificio una manga de fuego, y le hizo desaparecer en cenizas como para borrar tan tristes recuerdos de la memoria de los hombres. El caballero Ervizano hizo edificar allí mismo una capilla donde mandó erigir un sepulcro suntuoso, al que fueron trasladados los restos apreciables de aquellos mártires, sobre los que todos los dias derramaba lágrimas de dolor por tributo justo á sus manes como buen padre y tierno esposo, hasta que la pena terminó su amarga y triste existencia, pro-

(155)

nunciando los nombres de sus caras prendas, y dejando mandado le enterrasen con ellas, para reunir bajo una misma losa toda una familia sacrificada por un esclavo infiel é inhumano; ejemplo inaudito de ferocidad, y escármiento eterno de todos los Señores que pretendiesen hacer confianza de viles africanos, si no quieren esponeerse á los mismos horrores.